

Humanismo renacentista

La cultura vasco-navarra en la época

En 1553, un gran latinista español, Alfonso García Matamoros, publicó un pequeño libro, que Menéndez Pelayo calificó de «himno triunfal del Renacimiento español». Su título es uno de los títulos de libros del siglo XVI, que contiene más variantes y errores de cita.

Es conocido brevemente por «De asserenda Hispanorum erudititone», pero su denominación «in extenso» es: «Alfonsi Gar / siae Matamori Hispa / lensis, et primarij Rhetoris Complutensis De asserêda Hispanorû eruditione, / sive De viris Hispaniae doctis na / rratio Apologetica, ad Illu / strissimum Vraniae Co / mitem. Compluti, 1553» (sic).

En su folio 44 se dice: «La feroz Cantabria, que (como canta Flaco) tardó en ser sometida al yugo, ahora (lo que es gran admiración), comenzó de las primeras a hablar en latín y a filosofar».

Sobre esta cultura renacentista del siglo XVI ha habido sus discusiones doctrinales, en los escritores humanistas de aquel momento histórico tan importante, en cuyo particular de valoración cultural y clásica, no estaban de acuerdo.

Prueban el aserto de García Matamoros, sobre el papel cántabro (vasco-navarro diríamos hoy), importante en la cultura universal de aquella coyuntura, figuras relevantes que en ella fueron verdaderas lumbreras del saber.

Una, el dominico Fray Francisco de Vitoria (1480-1546), nacido en la hoy capital alavesa, llamado «el padre del Derecho Internacional», y autor entre otras obras, de las famosas «Prelectionae Theologicae» — al que aludí en estudio histórico, publicado en la Revista «Arga», Pamplona, julio, 1948.

Fué catedrático en la ilustre Universidad salmanticense, durante veinte años, desde 1526 hasta su óbito; y aunó la rectitud con la sencillez vascas, por lo que Clenardo, en su «Epistolarum libri duo» —1606, p. 151—, le llama: «mire candidus, omnes studiosos amat unice».

Cuéntase de Vitoria que acudió un noble a pedirle consejo, diciendo que por un falso testimonio había acarreado la ruina de un hombre. Comprendiendo aquél, que no buscaba sincera confesión pública, le contestó: «¿Qué le aconsejo a su merced? Le aconsejo que se deje llevar a los infiernos».

Otra relevante figura de la España renacentista, fué el doctor navarro Martín de Azpilcueta (1492-1586), próximo pariente de San Francisco de Javier, y especialista en Cánones. Fué ordenado de menores antes de los nueve años, y estudió en Alcalá, y en Tolosa de Francia; y explicó leyes en las Universidades francesas de Tolosa y Cahors.

Desde 1524 a 1538 fue profesor de Derecho Canónico en Salamanca, donde obtuvo la cátedra de «Prima de Teología», por una mayoría de más de quinientos votos», gracias —dice—, a Dios y a los señores estudiantes, «que

elegían a sus profesores como es sabido, en votación, —verdadera y plena autonomía universitaria, ya en aquellos tiempos—.

Luego profesó en la Universidad lusitana de Coimbra, —a la que fué llamado por sus grandes méritos—, desde 1538 a 1555 también leyes, recibiendo en recompensa, del rey D. Juan II, una pensión de mil ducados vitalicios.

En 1545, Azpilcueta protextó enérgicamente porque siguiendo a Italia, se suprimían los rezos e himnos en las escuelas españolas «imitando en esto más de lo que era menester a los italianos».

Advirtamos que los más grandes pensadores del Renacimiento español, rechazaban la frivolidad y el paganismo que reinaban en Italia, con la misma energía con que rechazaban el protestantismo norteno, lo que no era obstáculo para el auge del entusiasmo por la cultura en la Península. García Matamoros en su obra citada dice al folio 44: «Nunca que yo sepa, hubo en España más colegios y academias privados que hay hoy».

Otro navarro de primera fila, fué Fray Bartolomé de Carranza, Arzobispo de Toledo y Primado de España, —sobre el que tengo preparado un ensayo—, que en el Prefacio de sus «Comentarios», 1558 decía: «antes que las herejías del maldito Lutero saliesen del infierno a la luz del día, no sé que en parte alguna se haya prohibido imprimir en idioma vulgar, la luz de las Sagradas Escrituras».

Pero por otra parte el Doctor Huarte, preclaro navarro de la merindad de Ultrapuertos, —a cuyo recuerdo se ha consagrado en Iruña, además de una calle, ese pedrusco con un bajorelieve, que sobre el fondo de un macizo de boj, vemos en el Parque—, en su «Examen de ingenios» (Edición de la Biblioteca de Autores Españoles, tomo LXX), p. 447, decía que los griegos escribieron en griego, y «así hago yo en mi español».

Y en la página 450 escribe: «es la lengua latina tan repugnante al ingenio de los españoles, tan natural a los franceses, italianos, alemanes, ingleses y a los demás que habitan el septentrión; como parece por sus obras, que por el buen latín conocemos ya que es extranjero el autor, y por lo bárbaro y rodado que es español».

El citado Matamoros y El Brocense, criticaban el latín de Vives, y este último, llegó a afirmar con el propio Luis Vives, «que los hombres preferían las bellotas al trigo candeal», aludiendo al desprecio que por el noble latín clásico sentían; frente a la afirmación de García Matamoros, que en su tantas veces citada obra, escribe al folio 36 vuelto:

«Hemos llegado ya a unos tiempos en los cuales no es tan preclaro el saber latín, como el ignorarlo torpes, de suerte que muchos nobles no creen haber alcanzado la verdadera nobleza, sino alcanzan alguna más erudición, de la que adquirieron los primeros años».

Del triunfo de la cultura española volviendo los ojos a los clásicos, bien nos habla Sigüenza en la «Historia de la Orden de San Jerónimo», II, 199, que dice cómo el vasco Fray Juan de Marquina, luego Prior del Monasterio extremeño de Guadalupe, había aprendido él solo a leer entre el ruido de una fragua, de mocete, en una de las «ferrerías» de su país...

En suma, creemos en el importante papel que el país vasco-navarro jugó en el conjunto del imperio español, en aquel instante en que lo clásico volvía e imperaba renaciendo, tanto que por su cultura, «los simples novicios vivos, valían más que obispos muedtos», según un proverbio castellano...

Ramón *GARCIA REDRUELLO*.